

Miguel Mula

Mis padres quisieron que naciera en Águilas, de donde son casi todos mis antepasados. La luz brillantísima de su mar, sus montañas calcinadas, su cielo absoluto, me acompañan por donde quiera que vaya y me hablan cada día, como el vértigo de haber nadado por lo hondo, lejos de la playa, o el de haber buceado entre las rocas a pleno pulmón y desnudo. Sin eso nada soy. Como nada soy sin el amor, que debí de descubrir allí, al mismo tiempo que la muerte, siendo muy niño, o sin el pasmo de mirar por la ventana al mundo, de hurgar en el corazón, de reconocer a los amigos, de conversar con uno mismo.

Arboladura

Para Santiago y Julio

Contra ti mismo hicimos, contra la propia muerte,
rasgando la nada, hijo, tu arboladura de ángel
incandescente, endemoniado, flecha arrojada
con su propia energía por eterna condena:
y no hallarás más diana que el viento, tu mismo aire.

Frescura

In memóriam, para Alfonso

En tu viento ya estaba la sombra, todo el mar;
la frescura fue el mal, hijo, que te hizo ser
eternamente puro vacío recordado
en cuerpo de tiniebla. No alcanzaste la luz.
Misteriosa la vida que principia en la muerte,
y poderosa,
 más que vientos, mares y sombras.

El príncipe bastardo

Porque también
tú eres el animal que no existe
en la guarida del ser,
la amapola en el vaso
y la rabia indecible del príncipe bastardo.

Querido corazón:

Esclavo del olvido,
siervo de la memoria,
querido corazón,
en esta noche inmensa,
cubre tu cobardía, que ya apesta;
no toques nuestro amor con esas manos,
no seas cabronazo,
no pudras el cristal que aún no ha sido,
no escarbes donde nada hay, por si viene.
Acaso la inminencia a ras del beso,
el grito oblicuo, sea lo feliz,
la deseante flor que al nacer muere
y brota mariposa de recuerdos,
por entre los olvidos,
en suspenso.

Como un jardín salvaje

Un verso que no sea flor
ni cosa alguna puesta en majestad
sino el espejo mismo de la muerte
florezca en su silencio,
abra gozosamente la herida,
perturbe sangre y túmulos secretos
reventando por márgenes y pozos
inflamados de vida desbordada,
abrascen las miradas... y florezca.

Como un jardín salvaje,
un solo verso pide, desflorado,
un verso que se salga de sí mismo
regalando azucenas a su paso.
Un no rompido verso
azogado florezca
para que mil estrellas negras canten
en todas las escalas de los ángeles
la feroz disciplina del azar
y del deseo.

Tu soledad y mis tinieblas

Entre tu soledad y mis tinieblas
agobiamos a dios con el desprecio,
asfixiamos al mundo con olvido
y cuando queremos nombrar las cosas
ya todo está dicho y ya solo queda
tu silencio y mi silencio mirándose.